

La objeción de conciencia. Ejército, individuo y responsabilidad moral	115
Reinasance d'une puissance? Politique de défense et réforme militaire dans l'Espagne démocratique	119
La pobreza capitalista	121
Crecimiento, competitividad, empleo. Retos y pistas para entrar en el siglo XXI	123
Crisis y acción humanitaria independiente. Escenarios de crisis	128

JOSÉ LUIS GORDILLO;
La objeción de conciencia -
Ejército, individuo y
responsabilidad moral.

Paidós, Barcelona, 1993,
 253 páginas.

En noviembre de 1968, todavía caliente la invasión soviética de Checoslovaquia y pocos días después de que Nixon ganara las elecciones presidenciales de EE UU, cuando el temor a la guerra nuclear se multiplicaba, recién firmado el tratado de no proliferación pero también recién incorporada Francia al grupo de los países poseedores de la bomba termonuclear, el senador norteamericano Russell, entonces presidente del Comité de las Fuerzas Armadas del Senado, manifestó con espectacular contundencia: “Si hemos de empezar de nuevo con otro Adán y otra Eva [tras el holocausto final de una guerra nuclear total], quiero que sean norteamericanos y no rusos, y los quiero en este continente, y no en Europa”. Tan extraordinario deseo viene a la memoria cuando el autor del libro comentado concluye la introducción afirmando que él “toma partido a favor de quienes valoran como bueno y deseable el ideal de asegurar la supervivencia de la especie humana en condiciones de vida dignas para todos sus miembros”. El hecho de que el citado senador también sintiese la misma preocupación, aunque para él las condiciones de la continuidad de la humanidad fuesen algo distintas que las de José Luis Gordillo, puede servir para mostrar el amplio espectro de opiniones generadas en torno a algunas de las fundamentales cuestiones que se tratan en este libro.

Su título engaña. No es que no se

refiera a la objeción de conciencia. Sí habla de ella, y además de modo amplio, sólidamente fundamentado y, podría afirmarse sin exageración, casi exhaustivo. Lo que ocurre es que, además, se tratan otros asuntos primordiales, muy relacionados con el sujeto central del libro pero que no todos los que sobre esta materia escriben suelen tener en consideración. El lector que en él penetre leerá sobre la esencia de la guerra, sobre la teoría del Estado, sobre la democracia real y teórica, sobre la desigualdad social, y sobre la disuasión nuclear y las defensas alternativas, entre otras cosas. Una buena apoyatura histórica y un uso amplio de fuentes de gran valor, permiten a Gordillo hacer interesantes incursiones en temas paralelos que aparentemente poco tendrían que ver con la objeción de conciencia pero de los que enseguida resulta evidente su pertinencia.

Repartidas por el texto se plantean diversas preguntas trascendentales: ¿hay guerras justas?, ¿es la función real de los ejércitos defender solidariamente a todos los miembros de una determinada sociedad?, ¿puede exigirse igualdad y solidaridad ante la muerte a los combatientes, si no hay igualdad social?, ¿existe realmente la democracia representativa en los estados modernos? Estas cuestiones afectan tanto a los objetores de conciencia como a todos los ciudadanos que se sienten responsables por el hecho de serlo. Algunas reciben respuestas inmediatas; otras, como no podría ser menos, quedan en suspenso. Se aludirá a ello más adelante. Hay un propuesta inicial que, lamentablemente, no puede ser atendida de modo satisfactorio: “desinventar” la guerra. La

objeción de conciencia puede avanzar por ese camino, como el autor se esfuerza en mostrar, mas esto es sólo un peldaño más en una escalera cuyo final apenas se percibe, perdido entre las brumas de la utopía. Pero no importa: si el autor ha logrado un objetivo importante –su obra será desde ahora imprescindible para cualquier estudio sobre la objeción de conciencia, un verdadero *must* en la materia–, no podría esperar a la vez resolver en unas páginas asuntos harto complicados, entre los que la desaparición definitiva de las guerras ocupa lugar preferente. El título del último capítulo, donde se aborda este asunto (“A modo de conclusión”) es significativo, pues no es una verdadera conclusión a lo que en las páginas anteriores se expone, sino una ventana abierta a un utópico futuro todavía muy lejano, por el que se lucha desde la objeción de conciencia, pero también desde otras muchas perspectivas, como la de este comentario: la investigación para la paz. Tiene gran interés la parte del libro dedicada a analizar la “prehistoria del pacifismo”, olvidada a menudo en otros trabajos similares. El moderno objetor de conciencia descubre que no está solo; muchos, desde perspectivas muy distintas, le han precedido en sus inquietudes. Sorprende encontrar una extensa referencia a la rebelión anabaptista de Münster, en la primera mitad del siglo XVI, argumento de uno de los últimos libros de José Saramago, *In Nomine Dei*, donde religión, política y revolución se muestran en un brillante ejercicio literario y teatral en la lengua hermana de Portugal. La atención prestada a los objetores, desde el protestantismo hasta Lenin, no

carece de bases harto prosaicas: muchos de aquéllos eran buenos trabajadores, eficaces labradores y constituían grupos sociales homogéneos y disciplinados. Esto venía bien para muchos estados en expansión o de nueva creación. A los gobernantes no les movía la filantropía sino el mero interés. El paralelismo que en varias ocasiones se hace en esta obra entre dos tipos de objeción de conciencia –al servicio militar y a la práctica del aborto por los profesionales de la medicina– pone de relieve la injusticia de la actual legislación española, entre otras cosas. Un médico que no desea practicar abortos no necesita someter una instancia a un órgano superior, ni ser declarado objetor por el Estado, ni cumplir una prestación social más larga que su trabajo ordinario. Sin embargo, si se extendiese este tipo de objeción, se imposibilitaría el debido cumplimiento de las leyes democráticamente adoptadas por una sociedad y que regulan la práctica del aborto en ella. Esto no preocupa tanto al legislador como el posible incumplimiento de las leyes que permiten a los hombres entremetarse en una guerra. Porque si se extiende la objeción de conciencia al servicio militar se pone en peligro la defensa nacional y de ahí que haya que limitar el derecho a la libertad de conciencia en este asunto. Es más que evidente que el peso mítico de estos dos conceptos – “derecho al aborto” y “defensa nacional” – es tan distinto todavía para los clichés habituales de la sociedad, que apenas se percibe la injusticia inherente a la diferencia entre ambas legislaciones. De la lectura del libro no se deduce que, para el autor, la guerra siempre sea injusta. Ni que

pueda haber guerras justas. En algunos casos se mezcla el *jus ad bellum* con el *jus in bello*, lo que, por otra parte, parece ir de acuerdo con las modernas tendencias al respecto, sobre todo desde que las armas de destrucción masiva hacen imprescindible tener presente que el fin nunca puede justificar los medios. Dejemos, pues, abierta esta cuestión. Parece lógico que, en el actual sistema de estados soberanos, haya que admitir la existencia de guerras justas. Pero lo que sí queda demostrado en el libro es que los ejércitos no defienden solidariamente a todos los individuos de una misma sociedad. El autor de este comentario ha dejado escrito en *El País* (16-IV-93) que una de las causas que provocaron la Semana Trágica de Barcelona fue que “los soldados reservistas catalanes que se negaban a embarcar para ser trasladados al Rif tenían la sospecha de que sus vidas no se arriesgaban por la patria, sino más bien por defender los intereses mineros que habían surgido en aquella zona del Protectorado y que, a cambio de su sacrificio personal, se beneficiarían unos pocos especuladores”. La cosa queda, por tanto, bastante clara y no será aquí donde se ponga en entredicho.

Para Gordillo, si siquiera el Estado del bienestar cumpliera sus objetivos, podría esto legitimar en cierta medida el servicio solidario a la sociedad; pero dado que tal tipo de Estado, incluso, se encuentra hoy en franco declive, no se ve razón alguna para creer que la función de la defensa militar del Estado sea en realidad equitativa y solidaria. Este es un punto de decisivo peso a la hora de enjuiciar el valor de la objeción de conciencia. Su importancia no

necesita ser más acentuada.

Hay dos aspectos del libro, por el contrario, que pueden ser discutidos, y eso se va a hacer a continuación. Alega el autor, con sobrada razón, que una regulación menos restrictiva de la objeción de conciencia sería un freno real a las posibilidades de la guerra, porque el Estado, antes de entrar en ella, tendría que obtener más apoyo social para sus fines. Esto es básicamente correcto. Pero José Luis Gordillo, en todo su trabajo, apenas concede especial importancia a los modernos mecanismos de manipulación de la opinión pública, como se pusieron de relieve durante la guerra del Golfo. La fuerza de la televisión, de la propaganda subliminal vertida por los medios de comunicación monopolizados por unos poderes muy restringidos y la agitación promovida desde los gobiernos, son factores más que capaces de deformar cualquier percepción personal de lo que puede o no ser justo en una guerra. La historia, a este respecto, está llena de ejemplos que sólo inducen a un cierto pesimismo. Y la universal tendencia hacia la concentración de los medios de comunicación no parece avanzar por un camino que abra puertas al optimismo.

El segundo aspecto se refiere a la introducción de lo nuclear en el discurso de la objeción de conciencia. Y, en términos más generales, sobre lo relativo a las armas de destrucción masiva. Pesa todavía sobre todo el pensamiento aplicado a estos esfuerzos el enorme lastre de la infraestructura nuclear, a la que con acierto se refiere el autor. En su tratamiento de este asunto, obligado, como es natural, por la necesaria concisión –dado que el libro no se refiere a esto sino a la objeción de conciencia–, pasa con

No se ve razón alguna para creer que la función de la defensa militar del Estado sea en realidad equitativa y solidaria.

alguna ligereza sobre aspectos importantes.

Así, aun recurriendo a autoridad de tanto peso como E.P.

Thomson, considera que las armas nucleares son siempre ofensivas (p. 147), con lo que mezcla en un solo aspecto cuestiones tan distintas como el objetivo político de las armas, el objetivo estratégico y el táctico. Pongamos un ejemplo: la posesión por Israel de armas nucleares tiene un objetivo político claramente defensivo; el Estado de Israel no pretende anexionarse otros territorios mediante el uso o la amenaza del uso de armas nucleares. Pero en el plano estratégico o táctico, tales armas serían ciertamente ofensivas, porque, de ser usadas por Israel, en el caso hipotético de último recurso frente a la aniquilación del Estado por un posible enemigo, se utilizarían sobre objetivos que serían ofensivamente agredidos. Una bomba atómica israelí sobre Bagdad, por ejemplo, sería un arma estratégicamente ofensiva, aunque cumpliera el objetivo político de defender Jerusalén, ante cuyos arrabales apareciesen las unidades acorazadas de los posibles ejércitos árabes coaligados. Aunque secundaria, esta precisión es importante para entender el uso del armamento al servicio de la política, cuestión en la que el autor también penetra. Por otro lado, la obsesión por lo nuclear puede hacer olvidar que no son necesarias armas de destrucción masiva para sostener conflictos injustos en su origen e inhumanos en su desarrollo: contémplese Angola, Somalia o Bosnia. Contra la hipótesis del autor de que se ha producido un cambio en la "naturaleza misma de la guerra" (p. 22), por la aparición del hecho nuclear,

transcurrido casi medio siglo desde la introducción de las armas atómicas me inclino ahora más a pensar que no es la naturaleza de la guerra lo que ha cambiado sino los medios utilizados, por mucho que la capacidad destructiva de éstos se haya multiplicado por factores enormes. Si el *índice de letalidad* (número convencional que relaciona la capacidad aniquiladora de un arma con su ámbito de actuación) de una espada era 20, el de una ametralladora de la II Guerra Mundial es de 18.000 y el de un arma nuclear táctica de pequeña potencia llega a unos 100 millones. Pero nada de esto ha variado la naturaleza de la guerra como fenómeno social en el que la violencia organizada se pone al servicio de intereses políticos, aunque el hombre pueda ahora destruir casi completamente el planeta que le sustenta y antes no pudiera hacerlo.

La guerra sigue extendiendo sus tentáculos sobre muchas sociedades y cumpliendo con las viejas fórmulas acuñadas al paso de los siglos. Lo que sigue matando todavía, en extensos territorios del mundo, son los viejos morteros, las metralletas, los cañones y las bombas de explosivo químico. De cuando en cuando, la desarrollada tecnología occidental despliega su capacidad más destructora sobre algún país del Tercer Mundo (Irak, Somalia, etc.), pero las armas nucleares siguen guardadas en el cajón cuya llave sólo unos pocos privilegiados poseen. Es dudoso, además, que ninguno se atreva a abrirlo. Por eso, el discurso sobre la objeción de conciencia no debería hacer distinciones sobre la guerra que mata a muchos, pero no llega a poner en peligro a la humanidad, y la guerra que sí puede destruirnos a todos.

Para concluir, cabe plantear una pregunta y manifestar un doble deseo. La pregunta es ¿dónde aparecen los insumisos en esta completa perspectiva de la objeción de conciencia? Un apéndice al respecto, en sucesivas ediciones, sería muy provechoso para muchos lectores. Este es el primer deseo. El segundo se refiere a las academias militares y otros centros de formación para profesionales de las armas: que adopten este libro como texto de consulta en lo que a la objeción de conciencia concierne.

Alberto Piris

BERNARD LABATUT;
Renaissance d'une puissance?
Politique de défense et réforme
militaire dans l'Espagne
démocratique.

Economica y FEDN,
París, 1993, 376 páginas.

Para el lector español, hay que comenzar advirtiendo que se trata de un texto donde se estudia con detenimiento y precisión –cosa poco usual en autores no españoles– la política de defensa de nuestro país y numerosos aspectos del fenómeno que en España hemos venido en denominar la transición militar. Ahora bien, apenas tiene que ver el contenido de la obra con el interrogante planteado en su título principal, ya que de ningún modo se pretende analizar la posibilidad de que al sur de Francia esté renaciendo una potencia. Hecha esta salvedad, el lector no especializado en estas cuestiones encontrará en el libro –del que todavía no hay noticia de su versión castellana– un excelente manual que le lleva a través de las

confusas aguas por las que España navegó a partir de 1975, esforzándose por convertir lo que había sido el ejército vencedor de la Guerra Civil y sostén político del anterior régimen, en unas fuerzas armadas al servicio del Estado democrático. El distanciamiento y la imparcialidad generalmente apreciables en todo este trabajo, pueden servir de contrapunto a algunos textos de contenido análogo producidos por autores españoles que, por más implicados en el proceso, adolecen con frecuencia de prejuicios ideológicos.

Para quienes hemos venido observando en butaca de primera fila del teatro nacional el espectáculo que Labatut nos describe, no podemos menos de notar un cierto oficialismo en el libro comentado, producto quizá de la selección de las fuentes, entre las que resultan claramente ausentes las de mayor cariz crítico. (Por ejemplo, la importancia concedida a algunos textos de la revista *Reconquista*, al tratar de temas estratégicos, hace pensar que el autor no estaba familiarizado con la usual línea de pensamiento de esta revista en la época consultada). Sorprende también que Labatut se haya dejado arrastrar incluso por el discurso triunfalista que recorrió España con ocasión de los fastos de 1992, ya felizmente olvidados o revalorados en su más justa medida. “España... democracia parlamentaria, modelo para América Latina... 10ª potencia económica del mundo... plenamente integrada en la Europa institucional y en el mundo occidental...” son algunas de las expresiones que constituyen el pórtico de la *Introducción*, que ni siquiera es ajena a recordarnos la Exposición de Sevilla, los Juegos Olímpicos

La obra se concentra en analizar la política de defensa y la reestructuración militar.

de Barcelona o la capitalidad cultural de Madrid. Quizá fuera necesario lo anterior para reclamar la atención del lector francés, pero como apenas se mencionan otras potencialidades españolas como la industria, el comercio, la agricultura, etc., sino que la obra se concentra en analizar la política de defensa y la reestructuración militar, todo esto puede servir para valorar hasta qué punto el autor se ha dejado seducir por el discurso oficial. Algo parecido sucede con la importancia e interés concedidos en varias partes de la obra a lo que algunos hemos tenido por simple elucubración estratégica para entretener las mentes pensantes de algunos políticos y militares, si no para justificar otros dispendios: el eje Canarias-Gibraltar-Baleares. Es posible que el cartesianismo francés pueda sintonizar con la aparente racionalización de la política de defensa española, al formular teoremas geoestratégicos de tal calibre, que, sin embargo, desde otras perspectivas más críticas han sido considerados como elegantes juegos retóricos de salón. No es superfluo recordar que el pragmatismo sajón no necesitó de ningún teórico eje, previamente trazado desde Gran Bretaña hasta las islas Malvinas, para utilizar la fuerza militar al servicio de la política cuando lo estimó necesario. Por otro lado, hay que señalar que están especialmente bien tratadas, en profundidad y con claridad expositiva, las cuestiones de Ceuta y Melilla, el largo y difícil proceso de imponer el poder civil sobre la anterior estructura autónoma de los ejércitos heredada del franquismo, y la tortuosa trayectoria que condujo al vergonzoso resultado del referéndum sobre la OTAN, por

citar tres asuntos del máximo interés para la política exterior y de defensa española. Son cuestiones difíciles, complejas, sobre las que todavía falta alguna información, por lo que es mayor el mérito del autor al conseguir articular una exposición clara de asuntos tan enrevesados. Se imponen, sin embargo, algunas precisiones adicionales. Hay que criticar la ligereza con la que se despacha la ardua cuestión de la inclusión en la Constitución del artículo 8º, donde se definen las misiones de las Fuerzas Armadas, al afirmar el autor que éste “sólo enuncia funciones y no atribuye a los ejércitos ningún poder” (p. 89). Esto no era así percibido por los militares más propensos a las nostalgias del pasado, que veían precisamente en ese artículo la posibilidad de intervenir militarmente cuando se diesen ciertas condiciones, saltando por encima del resto del edificio constitucional, dado que percibían como misiones de los ejércitos, atribuidas directamente por la Constitución, lo que Labatut considera simples funciones. Tampoco es muy aceptable la afirmación –no contrastada– de que “el Rey ha jugado un papel decisivo en la política de nombramientos para los puestos de responsabilidad militar” (p. 80). Sobrevalorar el papel democratizador del Rey en la transición española es tan peligroso como ignorarlo. La intrahistoria de la transición militar apenas ha sido tocada por Labatut, que para ello hubiera tenido que ampliar sus fuentes de información. La Unión Militar Democrática, que provocó un temporal en la institución militar en los primeros años de la transición política, ni siquiera es citada. Así, algunos aspectos de estos años son de difícil

explicación cuando sólo se apoyan los razonamientos en la historia oficial. Incluso los resultados de encuestas de opinión, en asuntos de tanta incidencia pública como el referéndum de la OTAN, los problemas del servicio militar obligatorio o los gastos militares, apenas son traídos a colación en muy escasas ocasiones. La conclusión que se extrae al reflexionar sobre lo leído en este libro es a la vez importante y bien sabida: España ya es Europa. Comparte con ella defectos y virtudes. El camino ha sido difícil, ha sorteado precipicios peligrosos y no siempre ha transcurrido en línea recta. Pero el pasado queda atrás y, aunque condicione el presente y el futuro, parece obligado afirmar, sin ninguna nostalgia, que España ha dejado de ser diferente, incluso en lo político y en lo militar.

Alberto Piris

JOSÉ M. TORTOSA;

La pobreza capitalista.

Colección de Ciencias Sociales.
Tecnos.
Madrid, 1993

No nos gusta conocer nuestras miserias. Los esfuerzos por esconder aquello que cuestione el orden social o la propia tranquilidad personal se corresponden con la incapacidad para hacer frente a esos retos. En tiempos prósperos, nada debe inquietar el disfrute de la riqueza que tan generosamente nos llega. En tiempos débiles, tal vez los posmodernos, las grandes preguntas tampoco tienen espacio en la cotidianidad. Así, la pobreza, en el primer caso; la enfermedad y la ancianidad en el

segundo, se apartan del devenir “normal”. Todo lo no “guapo”, en el sentido estúpido que se le ha dado al término, no forma parte de nuestro campo de preocupación y actividad y se deja su solución en manos de los expertos que ya saben cómo hacerlo y que para eso disponen de los recursos suficientes. La ciudadanía no debe inquietarse demasiado con visiones que le impidan disfrutar y producir, que es la tarea para la que está programada. Y cuando la fealdad resulta imposible de ocultar y no queda más remedio que toparse con ella, entonces siempre se puede ofrecer una explicación convincente y coherente que permita continuar con seguridad y convicción en el funcionamiento del sistema.

Cuando el modelo se legitima en el progreso, en las posibilidades ilimitadas de crecimiento y en el ofrecimiento de niveles de consumo cada vez mayores, la pobreza tiene un potencial peligroso como elemento desintegrador. ¿Cómo disfrutar si tenemos al lado el espectáculo lacerante del sufrimiento? ¿Cómo estar seguros de nuestra fórmula de sociedad si parece que no sirve para todos? Los pobres son pobres porque quieren, puede ser en algunos casos una forma satisfactoria para superar esos inquietos interrogantes. Pero tan burda respuesta resulta totalmente insuficiente para restablecer la confianza colectiva y no erosionar la legitimidad del sistema. En el campo de las explicaciones oficiales las ha habido para todos los gustos, como recoge Tortosa. Desde la antigua URSS, que tachó por decreto la palabra pobreza sustituyéndola por renta baja, lo que motivó que no se estudiara la situación socioeconómica de los estratos pobres de la población,

La pobreza tiene un potencial peligroso como elemento desintegrador. ¿Cómo disfrutar si tenemos al lado el espectáculo lacerante del sufrimiento?

hasta que los pobres existieron; a EE UU, que encuentra también un nuevo término, los infraclase (*underclass*), para no hablar de pobres. Y aquí los pobres crecen y se hacen cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos.

¿Cómo es posible que no se discuta el tema del empobrecimiento cuando estaría dentro de sus intereses acabar con la pobreza para mantenerse como potencia?

Hoy la pobreza es un tema que se impone abordar. Ya no es posible desdeñarla, pero ¿qué decir? La economía nació con una investigación sobre la riqueza de las naciones, pero al poco tiempo la pobreza se presentaba como un problema económico de primer orden (Malthus, el más difundido). Después, ¿cuántas páginas se le han dedicado en los manuales, textos e investigaciones de la economía?

El libro de Tortosa tiene la gran virtud de ayudar a descubrir y conocer la realidad. Una realidad que presenta una dimensión de pobreza imposible de ignorar. No sólo porque se dé en los llamados países en vías de desarrollo de manera especial y en menor escala en los mismos países ricos, sino porque no resulta indiferente a estos últimos lo que ocurra en los primeros. La pobreza tiene una dimensión global que interrelaciona sus efectos, a los que no pueden escaparse los países ricos.

Pero no basta con reconocer su existencia; también el Banco Mundial se atrevió a dedicar su informe del año 1990 a la pobreza mundial certificando que más de 1.000 millones de personas eran pobres, pero, señala Tortosa, se dió más importancia a cuantificar el número de pobres que a comprender qué es lo que realmente produce tanta pobreza.

Esta es la preocupación fundamental del autor al conocer los procesos de empobrecimiento: "... establecer los procesos (complejos) que llevan a la pobreza puede permitir plantear políticas de lucha contra la misma que después habrá que detallar en programas de intervención social. Desde un punto de vista intelectual, el estudio de los procesos de empobrecimiento proporciona una visión más adecuada, completa y rica del funcionamiento de una sociedad o del funcionamiento del mundo, asunto que debe ser completado con la evolución de los "discursos" sobre la pobreza". En esta comprensión de los procesos de empobrecimiento se centra la obra con un método muy sugerente al introducir en el análisis tanto las relaciones de apropiación (económicas) del excedente y las relaciones (políticas) de dominación, como las características individuales. No puede reducirse todo, según Tortosa, a factores estructurales de dominación y apropiación; además se encuentran las categorías vulnerables que se escapan a la lógica de las clases. Su conclusión es meridiana: el empobrecimiento es un fenómeno propio de la sociedad mundial que afecta a grupos humanos en todos los países, y sus causas están también en todos los países. "El sistema de la miseria es la miseria del sistema, la pobreza capitalista, que consigue aumentar la producción de bienes y el nivel de renta per capita, pero no consigue reducir en paralelo el número de personas cuyas necesidades básicas están insatisfechas. Si acaso, lo aumenta. Y eso forma parte de la lógica del sistema, no es ajeno a su funcionamiento". Sin embargo, tal vez uno sienta que el análisis del autor no resalta

algunos aspectos de los procesos de empobrecimiento en las sociedades de los países llamados menos desarrollados. Por una parte, porque en muchos de estos países grandes sectores se hallan excluidos de los circuitos normales de acceso al sistema económico. El mercado no sólo no existe para ellos, sino que no es previsible que ni siquiera a mediano plazo puedan mejorar sus condiciones de vida para acceder a la economía de mercado. Por el otro, el hecho de que la vulnerabilidad de los pobres en los países pobres ante las coyunturas de la economía mundial sea mucho mayor que para los pobres en los países ricos no radica sólo en que no tengan redes de seguridad para amortiguar el impacto, o en que sus sociedades sean más desiguales, sino también en que los lazos de inserción de su sociedad en el contexto internacional son extraordinariamente débiles y percibe más pronto y con más intensidad los efectos negativos de la crisis. Resulta muy interesante la visión crítica del capítulo dedicado a las investigaciones sobre la pobreza en el Estado español. Pero aun estando de acuerdo en que hay una cierta obsesión por contar el número de pobres como si ello fuera el objetivo central del tema, preocupación que ha llevado a no analizar las causas reales de la pobreza, también es cierto que es imprescindible intentar la medición del fenómeno. Y si hasta ahora ese intento ha estado mediatizado por una determinada visión, no quita el que deba procederse a diseñar otros métodos de cálculo más acordes con una visión más global y dinámica de la pobreza, como el mismo Tortosa plantea.

Hay que destacar la amplia bibliografía que se contiene al final y que ayudará a muchos, sin duda, a ampliar varias de las cuestiones tratadas en el libro.

Alfonso Dubois

COMISION DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS

Crecimiento, competitividad, empleo. Retos y pistas para entrar en el siglo XXI,
Libro Blanco, Boletín de las Comunidades Europeas, Suplemento 6/93, 1993, 166 páginas.

El Libro Blanco de Delors fue una de las grandes estrellas de los últimos meses de 1993. Desde la cumbre europea del verano de ese año, era esperado con una mezcla de escepticismo y de expectativa. No era para menos. Estaba elaborado por una Comisión Europea sometida a fuertes críticas y destinado a un Consejo de Ministros dividido ante la profunda crisis económica europea. ¿Acaso podía plantear algo el presidente de la Comisión que no fuera trillado, banal o, si acaso, utópico? El preámbulo enuncia con claridad el propósito: “nutrir la reflexión y colaborar en la toma de aquellas decisiones que nos permitan sentar las bases de un desarrollo sostenible de las economías europeas”. Sin embargo, desde las primeras líneas se hace presente la convivencia de lo nuevo y lo viejo, la lucidez y el pragmatismo de corto alcance. La crisis está en la vida de nuestras sociedades, pero se resiste a la disección.

Se hace presente la convivencia de lo nuevo y lo viejo, la lucidez y el pragmatismo de corto alcance.

Aparentemente brotó en el otoño de 1992 de las rigideces de las políticas monetaria y de tipo de cambio derivadas del proceso de convergencia europeo. Influyó también la unificación alemana y el derrumbamiento del socialismo en la URSS y en Europa del Este. Pero, en capas más profundas, latía, sobre un fondo de crisis civilizatoria, una crisis estructural proveniente de la evolución de la economía mundial y de la revolución tecnológica. Desde su aprobación en diciembre hay una abundancia de citas y glosas del Libro Blanco por parte de los más variopintos gobiernos y de sus oposiciones, de los sindicatos y de las patronales, de los ministerios de medio ambiente y de los ecologistas. Todos parecen encontrar en su arcano una cita que les favorece, un enfoque que les legitima, con lo que quienes no lo han leído pueden formarse opiniones discrepantes según la fuente de donde proceda su referencia. El secreto radica en la insalvable polisemia que alienta en el Libro Blanco, tal vez derivada del hecho de tener que aprobarlo un Consejo de Ministros de ideologías y planteamientos económicos enfrentados. En estas condiciones, la síntesis sólo podía provenir de un eclecticismo que permitiera interpretaciones y aplicaciones radicalmente divergentes. Construido en torno a las grandes cuestiones de crecimiento, competitividad y empleo, el libro se cierra con una cuarta y última parte que lleva el emblemático título de "Hacia un nuevo modelo de desarrollo". En las secciones introductorias y en los diez capítulos que lo componen aborda, en ocasiones de forma repetitiva, las problemáticas de diagnóstico, modelo de desarrollo, parámetros definitorios de la

realidad económica y prioridades políticas en una perspectiva dinámica, entreverado todo ello por cálculos cuantitativos y políticas sectoriales o monográficas. El diagnóstico del por qué Europa está como está se concreta en "una mala gestión macroeconómica y el insuficiente esfuerzo de adaptación a los cambios", resultando "una infrautilización cualitativa y cuantitativa de la mano de obra, unida a una sobreutilización de los recursos naturales". Admite que se articulan desempleos de distinta naturaleza –coyuntural, estructural y tecnológico– con lo que saca el problema de las simplificaciones al uso, apoyándose en el análisis de lo acaecido en Europa desde 1960. El horizonte propuesto se inicia con enunciados genéricos –una economía que hacia el siglo XXI debe ser sana, abierta, descentralizada, competitiva, con investigación y cooperación, a la vez que solidaria– y se concreta en un modelo de desarrollo que esconde tímidamente sus bien intencionadas orientaciones en un capítulo final, no conclusivo. Enuncia como rasgo principal la utilización eficiente de los recursos. Respecto a los humanos reconoce que no todo incremento de productividad es, a la postre, saludable, porque el aumento de la productividad de las empresas puede verse "neutralizado por el aumento de los costes para la colectividad", con pérdida de competitividad en los mercados exteriores, así como de motivación y creatividad. Sin embargo, no llega a desarrollar la forma de superar esta situación, limitándose a apuntar la necesidad de ampliar el concepto de trabajo hasta incluir todas sus formas. En lo concerniente a la utilización

eficiente de los recursos materiales reconoce que “los precios de mercado no incorporan suficientemente su carácter limitado y que esta situación no puede mantenerse por más tiempo” por la carga que significa para las generaciones futuras, porque al extrapolar los niveles de consumo a escala mundial habría que contar aproximadamente con el décuplo de los recursos actualmente disponibles, por la amenaza que comporta para el equilibrio natural de todo el planeta y porque estas deficiencias representan pérdidas de bienestar significativas, aunque ocultas. Aborda la “necesidad de un nuevo modelo de desarrollo sostenible... que proporcionara a la sociedad un mayor grado de bienestar con un menor consumo y, consiguientemente, con una menor presión sobre los recursos naturales”. Cree que la clave radica en la creación de una nueva base de tecnología limpia, más eficiente en el consumo de recursos naturales, con productos más duraderos, reciclables y mejores tecnologías de producción. Para conseguirlo propone instrumentos de política microeconómica –con precios de mercado que incluyan todos los “costes externos” (*sic*) causados a la sociedad–, macroeconómica –modificando la estructura de impuestos indirectos y los criterios para subvenciones, utilizando la dinámica del mercado interior y tomando en cuenta la dimensión internacional– y sectorial, con propuestas en energía, transporte, agricultura e industria. Reduce la contabilidad medioambiental que reclama el “análisis y estimación sistemáticos de todos los efectos externos” y, a la vez, plantea con cierto detalle cómo puede buscarse “una reducción de los

costes laborales a cambio de un aumento de la imposición sobre la contaminación”.

En todo el discurso del Libro Blanco se toman como parámetros, o restricciones insoslayables, la inserción en la economía mundial y la revolución tecnológica. Respecto a la economía mundial resulta crucial la noción de “interdependencia controlada”, en la que subyace un cierto distanciamiento de la mitología del mercado y late una preocupación por recuperar la capacidad del plano consciente, tal vez con resonancias lejanas en Polanyi.

La visión propuesta se articula en torno a un triple eje: desarrollo de la dimensión europea, solidaridad activa con el entorno próximo –Europa del Este y Mediterráneo–, relectura, en fin, de los criterios con los que debe leerse la multilateralidad y la cooperación, sin retorno al proteccionismo, pero sin meter tampoco en el mismo saco ideas cultura, información, tecnología, mercancías físicas y personas; ¿un cierto regreso al Keynes de los primeros años 30? Por otro lado, resulta innegable la importancia que atribuye a la revolución tecnológica, con propuestas activas para impulsar investigación y desarrollo y políticas concretas –información, biotecnología y audiovisual– enunciadas con el título de transformación social y nuevas tecnologías.

A partir de ahí la propuesta se zambulle de forma progresiva en un pragmatismo que, a menudo, pierde contacto con los enunciados básicos precedentes, de forma que las prioridades políticas en una perspectiva temporal se mueven entre la conciencia de que existe un horizonte y la necesidad de

conectar con respuestas económicas aceptables para el discurso dominante. El imperativo del corto plazo parece claro: salir de la recesión. Abunda en la necesidad de coherencia de las políticas de salarios y monetaria, en la importancia de recuperar la confianza, bajar los tipos de interés, contener el déficit público —con el matiz realista de no pretender reducirlo en plena recesión—, reorientar el gasto público y perseverar en la construcción europea, con una mejor coordinación de las políticas económicas. A medio y largo plazo el objetivo es rotundo: crecer y crear empleo. No todo lo fía a la reactivación porque es consciente de que “se puede conseguir una tasa mayor de aumento del empleo mediante diversas combinaciones de crecimiento más rápido e intensidad de empleo más elevada”, entendida esta última —que sorprendentemente ha mejorado en Europa desde finales de los 70— como la relación entre la tasa de crecimiento de una economía y su tasa de creación de empleo. El gran objetivo es convertir el crecimiento en empleo (capítulo 8), para lo cual propugna “una política voluntarista en materia de empleo que exigirá una visión radicalmente nueva de toda la gama de instrumentos disponibles que pueden influir en el entorno del empleo”. Sus prioridades de acción al servicio del empleo están centradas en educación y formación a lo largo de toda la vida, aumento de la flexibilidad interna y externa, descentralización e iniciativa, reducción del coste relativo del trabajo poco cualificado —al reducir las exacciones obligatorias aplicables al trabajo—, renovación

profunda de las políticas de empleo y, finalmente, ir al encuentro de las nuevas necesidades. En todo caso, al descartar la virtualidad de una estrategia de crecimiento moderado e intensidad de empleo muy elevada, el Libro Blanco se ve obligado a apostar por un crecimiento más intenso, con lo que, a la postre, retorna a lo que inicialmente parecía intentar eludir: que todo pase por lograr un crecimiento sostenido. Aceptada esta premisa, las consecuencias se encadenan irremisiblemente: hay que aumentar la tasa de crecimiento potencial, crear las condiciones para que la inversión se constituya en motor, incrementar la tasa de ahorro nacional determinada fundamentalmente por un aumento del ahorro público proveniente necesariamente de la reducción de los déficits públicos. Se acaba así en un discurso apenas distinguible del ortodoxo: flexibilización de la economía, necesidad de un mercado de trabajo eficiente, capaz de responder a las nuevas condiciones de competencia, apertura de los mercados internacionales, estabilidad de la política monetaria, radical contención del déficit público hasta situarse entre el 0% y el 1%, yendo incluso más allá del 3% propuesto por Tratado de Maastricht. En este contexto se sitúan las grandes inversiones que propone realizar, en favor de una Europa competitiva, hasta el año 2000: 250.000 millones de ecus en redes de transporte y energía —¡con decidida apuesta por los trenes de alta velocidad y las autopistas!—, 150.000 millones de ecus en telecomunicaciones para infraestructuras y autopistas de información, desarrollo de

servicios y fomento de las aplicaciones, y 174.000 millones de euros para grandes proyectos ambientales relacionados con la gestión hidrológica y el tratamiento de las aguas residuales, entre otras inversiones. Programas todos ellos lanzados con una ingeniería financiera, que trata de evitar que el esfuerzo de financiación recaiga sobre el erario público, para lo cual pretende ofrecer suficientes incentivos a la inversión privada y constituirse la Comunidad en garante de última instancia. Después de lo expuesto, es obvio que el Libro Blanco debe ser objeto de crítica porque se deslizan en él juicios de valor directamente tomados del discurso más convencional, como la preocupación genérica por facilitar el proceso de privatización y, sobre todo, por la incompatibilidad entre el horizonte que aparentemente postula y las propuestas operativas que de facto pretende poner en marcha. No obstante, se presta también a una lectura progresista a partir del modelo de desarrollo tendencial. Se puede construir, con los elementos que brinda el propio libro, una estrategia coherente, que lleve a la práctica que “el primer requisito que deben satisfacer las medidas que se apliquen para que la economía pueda superar la actual fase de recesión es que sean compatibles con el modelo de crecimiento que se ha fijado como objetivo a medio plazo”, y que llene, finalmente, los enunciados faltos de desarrollo. Es cierto que ésta sólo sería una de las lecturas posibles, pero es la que deben realizar las fuerzas que, desde la solidaridad y el ecologismo, tienen una visión lúcida de las grandes

transformaciones en curso y de la inanidad de refugiarse en políticas meramente defensivas.

En concreto, a corto plazo habría que exigir que lo urgente no contradiga las aspiraciones del modelo de desarrollo postulado, pidiendo que la sostenibilidad no quede en simple retórica y que la evolución de los salarios directos no se separe del tratamiento del gasto público y del mantenimiento de la cobertura social que conlleva el modelo tendencial.

En lo que concierne al crecimiento hay que denunciar que la prioridad de los objetivos del Libro Blanco no es coherente, porque es insuficiente el énfasis en lo cualitativo y en las posibilidades que ofrece el Estado estacionario: mejora de la calidad de vida, sin renunciar a reproducir la riqueza en una economía abierta, medidas ambas con otros criterios.

Finalmente, el tratamiento de la problemática de empleo y trabajo es pobre y no va más allá de un enunciado de buenos propósitos, que no llega a establecer lineamientos alternativos.

En resumen, habría que asumir y profundizar en el cambio de criterios de medición y evaluación económica, no desdeñar la importancia de la transición –su ritmo y su gradación–, sabiendo que, sin embargo, en el tratamiento de la crisis y en la construcción del futuro hay dos ejes inseparables: la reproducción, que sólo puede alcanzarse si se crean las condiciones que la hagan posible en un marco que combine lo nuevo –lectura rigurosa de la sostenibilidad– y lo viejo –dinámica de apertura, crecimiento y competitividad–, y, en segundo lugar, la problemática de distribución, tanto de la riqueza como del tiempo de

El tratamiento de la problemática de empleo y trabajo es pobre y no va más allá de un enunciado de buenos propósitos.

trabajo. Si sólo se ve uno de esos aspectos no se ve la realidad y, en cambio, se la deforma. Sería ilusorio, en conclusión, buscar en el Libro Blanco una respuesta plenamente coherente a la crisis europea, porque de él pueden extraerse políticas opuestas. No por ello la izquierda debe abandonar desdeñosamente el campo que abre el Libro Blanco, y debería desarrollar su pulsión progresista y molestarse en denunciar las lecturas unilaterales y sesgadas que de él se realizan desde el poder y el orden establecidos.

Angel Martínez G.-Tablas

**MÉDICOS SIN
FRONTERAS.**

*Crisis y acción humanitaria
independiente.*

Escenarios de crisis,

Acento Editorial.

Madrid, 1993, 193 páginas.

La aparición por segundo año consecutivo del informe de Médicos Sin Fronteras (MSF) supone sin duda un hecho interesante en el panorama de las organizaciones no gubernamentales (ONGs) ya que representa un avance en el esfuerzo de reflexión sobre su propia actividad y sobre las consecuencias que ésta tiene en un panorama internacional cada vez más complejo. Inmersas a menudo en una práctica que las desborda, las ONGs –sobre todo aquellas que como MSF se dedican a la asistencia sanitaria y de emergencia– han dedicado pocos esfuerzos a la profundización y al análisis autocrítico sobre el desempeño de su función y el papel que ésta

juega en la escena internacional. De ahí que esta iniciativa de MSF deba ser valorada muy positivamente.

Si en 1992 en el libro *Poblaciones en peligro*, Acento Editorial, 1992, se proponía como centro de la reflexión la situación de “diez poblaciones amenazadas por un peligro real e inmediato”, en esta ocasión gira en torno al “análisis del contexto de las crisis más graves del año, insistiendo, ante todo, en su dimensión humana”. El criterio por el que se eligen y analizan diez situaciones de crisis, se nos dice en la introducción, es “en primer lugar, un criterio médico de gravedad, y un segundo criterio de orden social, ligado a la precariedad de los desplazamientos de las poblaciones”. Es discutible que estos dos criterios sean los más adecuados para discutir la mayor o menor gravedad de una crisis, pero no cabe duda que son los dos criterios en los que basa MSF su actuación y, por tanto, el libro es congruente con esa práctica. El método elegido es doble: de una parte estudiar los casos de diez crisis y, de otra, reflexionar y extraer conclusiones de carácter general sobre las reacciones de la comunidad internacional ante estas tragedias y sobre las nuevas dificultades y amenazas a las que se enfrenta la acción humanitaria. En el libro se aúnan pues, con una estructura confusa, un largo capítulo en el que bajo el epígrafe “De la abstención a la intervención” se estudian los casos de otros tantos países que viven situaciones de crisis, con otros dos en los que se profundiza en aspectos comunes de ellas como las paradojas de la protección, los estados ante el reto de los derechos humanos o el papel de los medios de comunicación ante las crisis.

Esta iniciativa de MSF debe ser valorada muy positivamente.

Estos últimos van firmados, por lo que se supone representan el punto de vista de los autores, mientras que los dedicados al análisis de la situación de cada país aparecen sin firmar, por lo que se entiende que representan posiciones oficiales de MSF. Ya en la introducción que realiza el presidente del Consejo Internacional de Médicos Sin Fronteras, Jacques de Milliano, se explicita una de las tesis que recorre todo el libro de una forma recurrente: la aparición de nuevas respuestas y nuevos actores en la escena internacional que hacen que “la escena humanitaria sea cada vez más compleja y concurrida” al tiempo que “se estataliza y militariza”. Junto a esta multiplicación de actores, tres factores han contribuido a su juicio a complicar las cosas. En primer lugar, el hecho de que las acciones humanitarias “se desarrollen en entornos fragmentados donde a veces es difícil encontrar interlocutores representativos”. En segundo lugar, ello implica una “mayor dificultad e inseguridad para acceder a las víctimas y un respeto menor a las organizaciones humanitarias”. Por último, estos problemas “se acentúan por la confusión creciente entre lo humanitario y lo político, que debilita los principios de neutralidad, imparcialidad e independencia, esenciales para cualquier intervención en situaciones de crisis”. No deja de resultar sorprendente esta asunción de los principios de Cruz Roja por parte de MSF, ya que, como es sabido, en el pasado la colaboración entre ambas organizaciones no ha sido siempre fácil debido a la diferente concepción de la acción humanitaria. Conviene recordar

que lo más original del pensamiento de Henri Dunant, fundador de la Cruz Roja al que cita De Milliano en la introducción, no es haber “definido el concepto de ayuda humanitaria” (que ya existía anteriormente de muy variadas formas), sino haber sido consciente de que no basta con la buena voluntad y la entrega de los voluntarios de las organizaciones humanitarias, sino que es necesario implicar a los contendientes –en general los estados– en el respeto de ciertas normas humanitarias: el Derecho Internacional Humanitario. La otra tesis fundamental del libro, y a la que también se refiere la introducción, es el nuevo papel de Naciones Unidas, que “ha cambiado las motivaciones, los métodos y los objetivos de la ayuda humanitaria internacional”, lo cual “tiene consecuencias para las organizaciones humanitarias que aspiran a la imparcialidad, planteando nuevas dudas sobre el tipo de colaboración con Naciones Unidas”. A mi juicio, algunos de los elementos más interesantes y polémicos del libro están en la profundización de este tema: el papel que debiera corresponder a la ONU. El nuevo activismo de Naciones Unidas desde finales de los años 80 se analiza en el capítulo “Crisis e intervención”, firmado por François Jean. Se ponen de manifiesto las dificultades para desarrollar el capítulo VII de la Carta de la organización en una escena internacional en la que, pese a los cambios, el principio de soberanía de los estados sobre sus asuntos internos se ha reforzado. De ahí que para el autor “mientras Naciones Unidas sigue en gran medida prisionera de esquemas tradicionales, los circuitos interestatales han sido parasitados

por nuevos agentes y nuevas redes –caracterizados por la aparición de organizaciones humanitarias o de defensa de los derechos humanos– mucho menos respetuosas con la soberanía de los estados”. Sería conveniente valorar también las limitaciones de este tipo de “parasitismo” y proponer, como se hace en otras partes del libro, una suerte de simbiosis entre ONGs y Naciones Unidas en el ámbito de la acción humanitaria, eliminando ciertos resabios corporativos frecuentes en ambos campos. A la hora de analizar las respuestas de la comunidad internacional se proponen esquemáticamente “tres tipos de crisis: las guerras de agresión (Kuwait), las violaciones masivas de los derechos humanos o las exacciones¹ contra las minorías (Birmania) y las luchas de todos contra todos en contextos marcados por el derrumbamiento total del Estado (Somalia)”. La caída del esquema binario y rígido de la Guerra Fría ha dado paso a una configuración más flexible en la que los conflictos se autonomizan y fragmentan, haciendo más difíciles posibles acuerdos y soluciones. En muchas ocasiones, como pone de manifiesto el autor, la crisis del Estado tiene efectos perversos y “allí donde el Estado se desmorona no es nunca en provecho de la justicia sino en beneficio de la guerra”. Por otro lado, tras el fin de la Guerra Fría y las nuevas amenazas –no sólo militares– a la seguridad, aparece más clara que nunca la relación entre política interior y política internacional.

Es en este aspecto donde las respuestas de la comunidad internacional son claramente contradictorias y es evidente que “no está dispuesta a intervenir en todas las crisis que devastan el planeta”. Se configura así una nueva geografía de la intervención internacional que va desde la inhibición frente a tragedias olvidadas (Sudán), hasta las intervenciones humanitarias (Bosnia y Somalia), pasando por las regiones y por las operaciones de mantenimiento de la paz en conflictos nacidos a la sombra de la Guerra Fría (El Salvador, Angola, Camboya, o Mozambique). Los diez capítulos dedicados a la descripción y análisis de otras tantas crisis tienen toda la originalidad y la fuerza de ser el testimonio de quienes han estado participando a pie de obra en la ayuda humanitaria durante los conflictos. Aportan una mirada distinta a la habitual sobre la génesis y estado de muchas de las mismas y reflejan las dificultades reales a las que se enfrenta la acción humanitaria. Temas habitualmente poco gratos como los saqueos a los convoyes de ayuda, los enfrentamientos entre los diversos protagonistas de la acción humanitaria –ONU, ONGs, etc.– son abordados con toda crudeza y de una forma en ocasiones hipercrítica, que si al principio es de agradecer por cuanto tiene de realismo y de información de aspectos habitualmente poco tratados, acaba cayendo en algunos excesos verbales que dificultan la comprensión. Encabezamientos

¹ Los términos exacción y evicción aparecen así en la versión española. Creemos que deberían haberse traducido ya que en castellano tienen una utilización exclusivamente fiscal (María Moliner). Por lo demás, la traducción es muy correcta.

en los que aparecen términos como la engañifa humanitaria, el cementerio de los principios, la diplomacia de la impotencia, la aplicación de los acuerdos un ejercicio de ficción, son algunos ejemplos de lo que decimos. Las crisis que se analizan, agrupadas por bloques según la respuesta de la comunidad internacional son: la no intervención –Sudán y Afganistán–, las intervenciones regionales –Tayikistán, el Cáucaso y Liberia–, el restablecimiento de la paz –El Salvador, Angola y Camboya– y las intervenciones humanitarias –Bosnia y Somalia. La última parte del libro, bajo el título “Paradojas y ambigüedades”, retoma algunos temas de índole general que han ido saliendo en los capítulos anteriores. Resultan especialmente provocadores y sugerentes el dedicado a las paradojas de la protección y el que discute el papel de los medios de comunicación ante las crisis. En el primero, tras afirmar que “la acción política, incluso la acción político-militar de los estados no está reñida *a priori* con la acción humanitaria”, se ponen muchos ejemplos de lo que se ha dado en llamar la invasión del dominio humanitario y se cuestiona el papel de independencia, flexibilidad y lucidez del que han dado muestras las ONGs. Así llega a afirmarse: “si las grandes potencias quieren intervenir en los territorios en guerra es asunto suyo. No les demos el maravilloso pretexto de acudir en ayuda de las organizaciones humanitarias”. Planteamiento loable pero que no se ajusta, a mi juicio, a la distribución de papeles en la ayuda humanitaria en los conflictos armados que establecen los Convenios de Ginebra.

El papel de los medios de comunicación en las crisis ha sido puesto de manifiesto en numerosas ocasiones y sus efectos sobre la mayor o menor ayuda humanitaria que en definitiva se movilice son claros, pero para ponernos al corriente sobre el oportunismo, la demagogia y la inmoralidad con que en muchas ocasiones los medios de comunicación occidentales creen lavar sus conciencias y sensibilizar (horrendo palabro) las nuestras, este capítulo escrito por Rony Brauman es magistral. Y los poco avisados que conecten con *¿Quién sabe donde?* o cualquier otro *reality-show*. En definitiva el libro *Escenarios en Crisis* es un valioso documento, de lectura recomendada para todos aquellos que busquen complementar los análisis habituales de la situación internacional con visiones más ligadas al terreno y que testimonian una actuación práctica comprometida y arriesgada, merecedora de todo nuestro respeto.

Francisco Rey.

“Si las grandes potencias quieren intervenir en los territorios en guerra es asunto suyo”.